

Luis Fabio Xammar.

Derrotero de la nueva poesía peruana



A muerte de José María Eguren, sutil poeta de paraísos de intimidad, ocurrida en Lima en el curso del año que acaba de terminar, ha puesto de actualidad su figura singular, frágil en lo humano y algo nórdica en la inspiración, pero de una intensa y grávida influencia en el derrotero de la poesía nueva del Perú. No ha sido su fama, la vibrante y aureolada de laureles que caracteriza a los poetas nacionales de los pueblos; su actitud fué, más bien, de reserva y apartamiento, con el ademán de los poetas franceses y con gula de miniaturista, que trabaja en silencio el brillo de sus filigranas. Por esta razón siendo, en cierta forma, contemporáneo de José Santos Chocano, pues sólo una decena de años los separaba, y habiendo coincidido ambos, con la crisis finesecular y el advenimiento novecentista, mientras el prestigio del poeta de América se hizo consagratorio y multánime, la voz de José María Eguren

únicamente era escuchada en el ambiente riguroso de algunas selectas camarillas literarias.

Un fino crítico norteamericano percibió, sin embargo, lo segura y dócil en profundidad que sería una composición de lugar de la poesía peruana, en la que intervinieran las figuras de los dos vates. Y así, Isaac Goldberg en «*Studies in Spanish-American Literature*» publicados en New York el año 1920, estudiaba sus respectivas cifras poéticas, con caracteres verdaderamente reveladores. Este interés extranjero por la personalidad de Eguren tuvo una evidente importancia. El interés por Chocano no extrañaba absolutamente, porque su voz había traspasado las fronteras de América y España hasta convertirse en una especie de símbolo de las nuevas tendencias americanistas. Goldberg, con sagacidad crítica, percibe el valor complementario de contraste, en la inspiración de los dos poetas. Piensa en Chocano como en el intérprete de la objetividad del paisaje americano, mientras que Eguren significa, para él, representante de la subjetividad lírica directamente vinculada a las modernas corrientes de la poesía europea.

La ubicación literaria de Eguren se ha producido, en el Perú, sin grandes debates. «El primer simbolista peruano» lo llama Luis Alberto Sánchez, apartándose un poco del juicio, algo anterior, de Pedro Zulen, contemporáneo y divulgador del poeta, que lo calificaba de neosimbolista. En cambio, Estuardo Núñez, que le dedicó un libro estando aún en vida («La poe-

sía de Eguren» Lima, 1932), hace destacar el valor de sugerencia de su poesía que es, en último término, técnica simbolista.

Este destino de intimidad lírica donde José María Eguren se refugió durante tantos años, lo convirtió automáticamente en el anticuerpo de la actitud de Chocano ante la vida. En su libro «Alma América» Chocano proclamaba, más que uno, muchos credos políticos y artísticos, en los que la línea directriz de su pensamiento, no se percibía claramente. Eguren, por el contrario, dibujaba en su silencio las formas de una estética de apartamiento. Y mientras Chocano afirmaba estentóreamente «o encuentro camino o me lo abro», los amigos desinteresados de Eguren, daban una versión cariñosa de los versos que nuestro lírico, en un exceso de pudor, mantenía acallados.

La riqueza imaginativa y la incontrastable elocuencia verbal de Chocano, dominaron en nuestro mundo literario durante los primeros veinticinco años de este siglo. Pero el advenimiento de las nuevas escuelas de vanguardia produjo una variación de onda en la receptividad de nuestros pequeños grupos literarios. La crisis se produjo, como tenía que suceder, entre los años de 1920 a 1930. Además de la noticia y de la lectura de las nuevas escuelas europeas, la coexistencia de los movimientos renovadores de la Argentina y México, marcó en las preocupaciones estéticas de los jóvenes, cambios esenciales.

Por esa época, José María Eguren, ya había publicado dos libros de limitada difusión: «Simbólicas», aparecido en Lima el año de 1911 y «La Canción de las Figuras», dado a luz en 1916. Su inspiración había continuado a media voz, aun con los esfuerzos del movimiento Colónida de Valdelomar, para destacar su posición de primera fila entre nuestros poetas. Es José Carlos Mariátegui, quien desde las columnas de «Amauta», revista revolucionaria aparecida en Lima el año 1926, emprende la reivindicación de Eguren con tacto político y emoción de artista. Su entusiasmo por la lírica de Eguren, contrastaba con la orientación de un indigenismo socialista que era el tono de su mensaje. Sin embargo, quiso, proyectó y logró el triunfo de poner en primer plano al poeta, en un homenaje de «Amauta» el año de 1929, simultáneo a la publicación de un volumen que reunía sus dos libros anteriores, más los poemas inéditos que se agrupaban bajo los títulos de «Sombras» y «Rondinelas».

Paradójicamente, cuando el poeta estaba muy próximo a los 50 años, era proclamado el legítimo precursor de la poesía peruana de vanguardia y su nombre figuraba al lado de las nuevas generaciones, con la irrenunciable y lozana juventud de su propia poesía. En un momento árido de revisión de valores, Mariátegui exclamaba: «Eguren es el único entre nuestros mayores, a quien podemos testimoniar una admiración sin reservas. . . Al don genial de la creación, Eguren unió siempre la pureza de una vida poética. No trafi-

có nunca con sus versos, ni reclamó para ellos laureles oficiales, ni académicos... » . Y cuando Chocano, cuyo caudillaje poético había sido timbre de prestigio y gala de nuestra generación modernista, marchaba fuera del Perú, declinaba su gloria después de una ingrata aventura polémica, en el primer puesto de la lírica era ungido por los jóvenes José María Eguren, compartiendo el comando de toda una vasta generación, con un poeta joven, de extraordinaria fuerza, luchador social y, hoy día, de ancho prestigio americano: César Vallejo.

En realidad, las figuras de Chocano y Eguren prepararon el campo a la aparición, en nuestra poesía, de la personalidad de César Vallejo. Como lo auguraba Mariátegui, y con una generosa confirmación de la crítica extranjera representada por Bergamín, Larrea o Louis Aragón, el contenido del mensaje de Vallejo se dirige hacia la concepción de una poesía integral. «Poemas Humanos» lleva por título su último libro, acompañado por otro que es una viva declaración del pensamiento del hombre libre americano: «España, aparta de mí este cáliz». Cholo peruano, Vallejo, mestizo de América, determina así, en la línea de una poesía trascendente, lo que España significa para las nuevas promociones. La afirmación de lo indígena no es negación de España, sino angustia y anhelo, no de una España transitoria, sino de la heroica y eterna que todos admiramos.

Así, con Vallejo, llega al Perú la emoción de una

nueva poesía, que se podía adivinar ya en su primer libro «Los Heraldos Negros» (1918), que logró una refrendación sin reticencias en «Trilce» (actitud revolucionaria de transición) y que culminó en los años de Europa, antes de la muerte de Vallejo, en París, el año de 1938. Xavier Abril, compilador de la Antología del poeta, aparecida últimamente en Buenos Aires, anota cómo «Cuando nace César Vallejo al mundo de las letras, ya se había producido un cambio en la estimativa, calidad y orientación general de nuestra literatura. Otro nombre precursor, Abraham Valdelomar, acertó a conciliar la indagación de nuestro acento propio—costeño, nazca, vegetal—con el venero lírico de curso eglógico, panteísta, cósmico. En esta atmósfera, en este clima, se estructura la conmovedora personalidad del primer revolucionario de nuestra poesía en las tres dimensiones de lo estético y de lo idiomático. De «Trilce» arranca la dirección consciente—humanista y clásica—que anima las tendencias vitales y sociales del movimiento literario del nuevo Perú».

Hemos transcrito estas palabras, porque nos ayudan a meditar en el reconfortante destino de la poesía peruana. El derrotero marcado por la obra de Chocano, Eguren y Vallejo en la evolución de nuestra poesía moderna, conduce hacia la más optimista de las conclusiones. Fueron ellos, al mismo tiempo que portadores de una voz peruana, poetas de contenido americano, universal. Pero su tono determina un cambio tan profundo, que uno se admira que pueda haberse pro-

ducido, tan sólo en lo que llevamos recorrido de este siglo. De la brillante exterioridad de la poesía de Chocano cargada de acentos épicos, pasamos a la sutil y esteticista interioridad de Eguren, universal y antimultitudinario. Crisis profunda en nuestro organismo poético, que permitió eliminar muchas toxinas de trasnochadas preceptivas literarias. Pero todo ello no es sino crisol para una actitud-síntesis en nuestra poesía. Esta misión le corresponde a César Vallejo, nacido el año de 1893 en una provincia del norte del Perú y con una diferencia de edad respecto de Eguren, muy semejante a la que existía entre éste y Chocano. Pero si la cronología no indica grave cantidad en el tiempo, en cambio, qué esencial, qué intensa distancia en el pensamiento poético y en la visión del mundo. Vallejo, partiendo de lo peruano medular, supo llegar a la humanidad más cabal que se haya producido en nuestra poesía. Y este acento suyo—indígena y universal—es, también, flor en la poesía de América.

Lima (Perú).